

Palabras del Gobernador del Banco de México, Agustín Carstens, durante la inauguración del Foro Internacional de Inclusión Financiera (Palacio Nacional, Ciudad de México)

26 de junio de 2014

- Señor Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, licenciado Enrique Peña Nieto,
- Señora Christine Lagarde, Directora-Gerente del Fondo Monetario Internacional,
- Señor Secretario de Hacienda y Crédito Público, doctor Luis Videgaray Caso,
- Señora Secretaria de Desarrollo Social, maestra Rosario Robles Berlanga,
- Señora Secretaria de Salud, doctora Mercedes Juan López,
- Señor Secretario de Economía, licenciado Ildelfonso Guajardo Villarreal,
- Señor Director General de la Alianza para la Inclusión Financiera, doctor Alfred Hannig, Señoras y señores legisladores,
- Representantes del sector empresarial, del sector social y del sector financiero,
- Señoras y señores:

Antes que nada, quisiera celebrar la convocatoria del Gobierno del Presidente Peña Nieto a este Foro Internacional de Inclusión Financiera, en particular debido al gran contenido social que reviste. También deseo, al igual que el Secretario de Hacienda, darle la bienvenida a nuestro país a la señora Christine Lagarde y agradecerle su especial interés por promover la inclusión financiera y su gran disposición a tener una interacción siempre positiva entre el Fondo Monetario Internacional y México.

Hablar de inclusión financiera obliga inevitablemente a reconocer las duras lecciones que aún debemos digerir sobre la economía de la pobreza.

Como punto de partida se debe aceptar que un bajo coeficiente de inclusión financiera se asocia con altos índices de pobreza. La exclusión de los mercados financieros formales que padecen aún grandes núcleos de la población, en México y en el mundo, constituye uno de los más férreos obstáculos para la superación de la pobreza.

Es muy caro para quien es pobre no tener acceso a instrumentos de ahorro y crédito. Esto debido a que quienes

sufren la estrechez de recursos, padecen también severas restricciones para emprender negocios productivos, financiar proyectos de mejora del capital humano, planear a plazos razonables la adquisición de una vivienda o para afrontar exitosamente adversidades y catástrofes naturales.

En la cadena de perpetuación de la pobreza, la falta de inclusión financiera es un eslabón que siempre está presente. Pero para romper ese eslabón, es preciso evitar dos errores conceptuales más o menos frecuentes tanto entre economistas como entre quienes tienen a su cargo la ejecución de políticas públicas.

El primero de estos errores consiste en suponer, con cierta arrogancia, que el problema principal de la falta de inclusión financiera es ante todo un problema de índole educativa o cultural; es decir, que bastaría emprender grandes campañas de educación financiera para que los pobres descubriesen las bondades de la intermediación financiera y, en consecuencia, acudiesen prestos a incorporarse como clientes a las instituciones financieras formales. Esto supone que cualquier

persona tiene acceso inmediato y sin costos a los servicios financieros, lo cual, a todas luces, no es el caso.

Por otro lado, es común encontrar la tesis de que los pobres no llevan a cabo cotidianamente transacciones financieras, bajo el argumento de que no tienen suficientes recursos.

Nada más falso. Así como la intermediación de recursos entre prestamistas y deudores es casi tan antigua como la misma historia de la humanidad, la actividad financiera es conocida y practicada de forma cotidiana por todos los grupos sociales en el mundo, sean ricos o pobres.

Ya en 1979, al recibir el Premio Nobel de Economía el profesor Theodore W. Schultz llamó la atención sobre el hecho de que muchos economistas incurren en el error conceptual de pensar que la economía de la pobreza obedece a leyes y estándares diferentes que los aplicables al resto de la economía. No es así: la necesidad de aprovechar de la mejor manera los recursos escasos y aplicarlos con eficiencia es igualmente imperiosa para una gran empresa que para un minúsculo negocio familiar.

La diferencia entre unos y otros, ricos y pobres, en lo fundamental no radica en la falta de conocimientos básicos o de interés en obtener mejores condiciones de vida. La diferencia abismal entre quienes tienen acceso pleno a la intermediación financiera moderna, eficiente, regulada, de carácter formal y quienes tienen que recurrir a mecanismos de ahorro ineficientes, caros, inciertos, carentes de regulación y garantías, radica fundamentalmente en los elevadísimos costos de transacción que los segundos deben afrontar.

Así pues, de los primeros pasos para enfrentar con acierto el gran problema de la exclusión financiera es conocer y entender los múltiples mecanismos de intermediación financiera informal que el ingenio, la necesidad y las costumbres han creado en México.

Muchos de estos mecanismos, por ejemplo las tandas organizadas de forma espontánea en muchos centros de trabajo y colonias, son una respuesta a la necesidad de ahorrar y obtener crédito que tienen muchas familias. Este tipo de intermediación financiera guarda semejanza con el

que hacían los comerciantes organizados en el México antiguo en el gran mercado de Tlatelolco, quienes invertían sus excedentes en el patrocinio de festejos y convites que a la postre facilitarían su movilidad en una sociedad estratificada y rígida, como era aquella.

Por tanto, el gran reto que tenemos las autoridades financieras es crear las condiciones para que estas necesidades de ahorro y financiamiento encuentren cauces modernos, confiables y eficientes que permitan evolucionar los modelos populares de ahorro y crédito hacia canales formales. Estas redes de intermediación financiera formal deben abatir para el usuario los costos de transacción.

La reciente reforma financiera sin duda abona de manera significativa en este sentido. Se trata de derribar barreras de información, dar una mayor fuerza a la banca de desarrollo, facilitar la movilidad de los usuarios entre distintos intermediarios para aprovechar las mejores alternativas, fortalecer considerablemente la protección de los usuarios de los servicios financieros y multiplicar los puntos de acceso a los mismos.

A la par de la reforma financiera, hay otra reforma igualmente promovida por el gobierno del Presidente Peña Nieto que permitirá explotar a plenitud el potencial tecnológico en beneficio de una mayor inclusión financiera. Me refiero a la reforma en telecomunicaciones.

Una mayor competencia en telecomunicaciones generará un importante abatimiento de los costos de transacción en múltiples operaciones de intermediación financiera, desde las básicas hasta las más complejas.

Servicios de telecomunicación más baratos en costo, más eficientes, con una cobertura geográfica más amplia y de mayor calidad significarán un acceso más franco a la intermediación financiera para la población de menores recursos y, por ende, elevará las posibilidades de diversas operaciones financieras.

Otro elemento crucial para sustentar una mayor inclusión financiera es la confianza. En este sentido, contar con fundamentos macroeconómicos estables y sólidos a través

tanto de una política fiscal responsable como de una monetaria empeñada en la estabilidad del poder adquisitivo de la moneda, junto con el respeto constante al estado de derecho, son cimientos indispensables para extender la inclusión financiera, cimientos con los que México cuenta ya.

Sobre esa plataforma de confianza podemos emprender el gran desafío de masificar los mecanismos de intermediación financiera, siguiendo una estrategia de constante y progresivo abatimiento de los costos de transacción, a través de una mejor regulación y del uso pleno e inteligente de los avances tecnológicos.

Sólo así, abatiendo de forma perdurable y sostenida los costos de transacción y democratizando los beneficios de una intermediación financiera moderna, podremos romper el círculo vicioso entre pobreza y exclusión financiera. Sólo así – mediante las sinergias entre reformas estructurales, regulación y políticas públicas responsables y sólidas – terminaremos con la perversa paradoja de que no hay condición más cara y costosa que la de ser pobre.

Muchas gracias.